

DRAMATURGIA

DISPARO DE AIRE

Eugenia Pérez Tomas



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



DIAMATERGIA

Pérez Tomas, Eugenia

Disparo de aire / Eugenia Pérez Tomas - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Rojas, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y on line

ISBN 978-987-1862-22-1

1. Teatro argentino I. Título

CDD A862



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Dr. Alberto Barbieri

Secretario de Relaciones Instit., Cultura y Comunicación: Lic. Jorge Biglieri

Coordinadora General de Cultura de la UBA: Lic. Cecilia Vázquez

Foto de tapa: Manuel Soria



CENTRO CULTURAL
RECTOR RICARDO ROJAS

Staff CCRojas:

COORDINADORA DE PUBLICACIONES: Natalia Calzon Flores. Equipo: Marcela D'Antonio, Matías Puzio, Gustavo Benzi. | COORDINADORA DE DISEÑO: Virginia Parodi. Equipo: Daniel Sosa, Darío D'Elia, Gisela Di Lello, Roberto Duarte, Mariana Antoniow, Pablo Bolaños.

© Libros del Rojas

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.



DISPARO DE AIRE

Eugenia Pérez Tomas



Disparo de aire, producción del Centro Cultural Ricardo Rojas, se estrenó en mayo de 2015 en la sala Cancha con la siguiente ficha artística: **Elenco:** Andrea Strenitz, Candelaria Sesín, Cristián Jensen y Mario Bodega/ **Diseño de luz:** Eduardo Maggiolo/ **Diseño de escenografía:** Julieta Potenze/ **Realización de escenografía:** Sergio Fasani/ **Diseño de vestuario:** Julia Kovadloff/ **Diseño sonoro:** Franco Calluso- *Bolero:* Carminha Villaverde/ **Fotografías:** Manuel F. Soria/ **Asistencia de producción:** Carolina Juskoff/ **Asistencia de dirección:** Paula Fanelli/ **Dramaturgia y Dirección:** Eugenia Pérez Tomas.

La poesía es amor que encontró su ritmo.

J.L. Ortíz

Personajes

Sofía

Omar

Irene

Lauro

Medianoche

SOFÍA.— Las paredes de la casa están intactas, aún con el deterioro. A Lauro y a mí nos separaron de continente. Ese fue el último día que vine.

OMAR.— Irene se merece algo. Se merece que vos y yo la esperemos, que vos y yo seamos algo. Irene me habló del patio. No lo describió tal cual, o bueno, yo imaginé otra cosa de lo que dijo. No pasa nada. Miro fijo el terreno y eso me hace sentir concreto.

SOFÍA.— No se distingue a cierta distancia. No sé si es el jardinero que se mueve o los árboles se mezclan con las sombras. Detrás del pino está la casa de Vladimir. Es él quien vigila cuando no queda nadie. Revisé todo para ponerme el vestido azul, el de flores que de lejos parecen otra cosa por la mala calidad de la tela. Si te lo ponés bien cerca de la cara te das cuenta que son florcitas pimpollo, en tonos claros que hacen contraste con el azul del general. Es tela barata, por eso no tiene vuelo ni caída especial. A mamá le queda con magia, ella sí sabe llevar la elegancia encima. Me acuerdo del día que se lo puso porque fue el mismo día que me contó sobre Lauro. Ahí Lauro no tenía nombre, ni siquiera era varón. En esa época veníamos con la consigna de aprovechar el sol. Los placares tienen revistas viejas, no encontré el vestido ni rastros cotidianos. ¿Ustedes piensan tener hijos?

OMAR.— Sofía, acordate a qué hora aterriza el avión. Podemos sorprenderla ahí y ser de esos que reciben con globos y carteles, no reservarnos de nada. Vivir el momento

como un tópico. Ir al aeropuerto y darlo todo. Tuve una novia azafata, te pido que no le digas a tu mamá, nunca se lo conté y no sé, Irene puede volver a los celos.

SOFÍA.— ¿Querés tener secretos conmigo?

OMAR.— Eso hace que seamos más nosotros, entre nosotros. Que haya cositas que nos pongan fuerte.

SOFÍA.— Prefiero algo débil, algo que procure cuidado.

Omar come galletas chinas y lee su fortuna.

SOFÍA.— ¿Te parece bien lo que me puse?

OMAR.— Me gusta.

SOFÍA.— No me miraste, decime la verdad. Creo que podés decirme lo que pensás sin vueltas, aunque sea un gesto sin palabras. Omar, te necesito contundente con las cosas que pienses verdaderas.

OMAR.— Eso requiere fortaleza y hace un rato dijiste que no lo preferís.

SOFÍA.— A tu edad deberías saber sobre vos. Omar rencoroso. ¿Lo sabías, no?

OMAR.— Y vos sos muy exigente, soviética.

SOFÍA.— No tengo idea de cuándo aterrizan. Los aviones no están preparados para cambios de planes, tienen un destino. Si se afecta el clima no sé qué puede pasar ... No nos perdimos por la distancia, Lauro me cuenta su casa y lo ayudo con la decoración. El color del living lo elegí yo, aunque le dije que es igual, las paredes me dan lo mismo, que sea un color suave y listo. Él acertó, puso un patito que casi no es amarillo.

OMAR.— ¿Le caigo bien a Lauro?

SOFÍA.— No creo, no le cae bien la gente. No regala nada, es así, preciso. Me cuesta hablar con vos porque siento que se traban todos los temas, nunca sé cuándo te estoy diciendo algo fuera de lugar.

OMAR.— No hablemos por un rato, Sofía.

SOFÍA.— No me banco estar acá si lo que pasa es que estoy fuera de lugar. Ya hicimos silencio y tampoco funcionó. Quiero que llegue el día para cabalgar sin ataduras.

OMAR.— Mañana organizamos una para ir. Irene, vos y yo.

SOFÍA.— Omar, cabalgar es un acto solitario. Ay, me agité. Agitate un poco. Tenés la cara con lagañas, hacete lindo. Vos también mereces cosas.

OMAR.— Vas a tener que hacer algo con la brusquedad si elegís la descendencia. ¿Tomaste clases de equitación?

SOFÍA.— Caminatas largas con Arena, no se la pudo domar y por eso da miedo. Antes de Arena monté una sin nombre, azabache, pelo tenso, un poco sucia. Andábamos al paso porque era haragana. Le pegué con ramas en el lomo raspando y la taconeé por lo bajo seco y nunca inmutó. Al principio tenía cosa de hacerle doler hasta que enganché saña. Nada. Aprendí que con ella es así. Al paso, como los cabros. Lentas llegamos a la tranquera y ahí mismo se desplomó. Bajamos casi dos metros de golpe al piso. Una caída muda. Hasta que en *Paso de los icos*, se dieron cuenta tuve atrapada la pierna bajo el caballo cuatro horas. Le hicimos un ritual de fuego al fondo del patio, ahí recé por primera vez. Los caballos no tienen miedo de su propia naturaleza. Cuando se alejan es para que no los nombres.

OMAR.— ¿Te deprimís?

SOFÍA.— Pensé que era algo que nos pasa a todos.

OMAR.— Yo encontré amor pero no calma. ¿Vos?

SOFÍA.— ¿Por qué me preguntas? En el verano me quemé con agua hirviendo y Vladimir me curó. Separó con cuidado la piel muerta de la carne viva. Me untó con aloe vera y me dijo cómo hacer hasta cicatrizar. No fue una escena sexual y eso lo volvió intenso. Creo que a él no se le ocurre que podemos besarnos. Esa distracción me excita. Cuando le mostré la marca que me quedó dijo que la mancha parece África y que tener el mapa de África en la pierna es señal de poder. Yo crezco, sentir no es monopolio suyo, él hace que tenga ganas de más. Por eso lo beso.

Sofía besa y besa la espalda de Omar.

OMAR.— Me duele, Sofía, ni siquiera me curaste.

SOFÍA.— (*Lee su fortuna.*) ¿Si repito el mantra antes de dormir me aseguro un sueño feliz?

OMAR.— (*Lee.*) LO FRÁGIL SE ROMPE, LO DURO SE QUIEBRA Y LA VOLUNTAD ES LO MÁS PERSONAL QUE TENEMOS. Tengo estas galletas en el saco hace meses, no se vencen. Eso es para tener en cuenta.

SOFÍA.— ¿Extrañás a mi mamá?

OMAR.— Tus preguntas son obedientes. Es tu arma de felicidad.

SOFÍA.— Todos quieren ser amados. Es algo que todos queremos al nacer.

OMAR.— No te salva ni el diablo.

SOFÍA.— El diablo es un despilfarro de energía.

OMAR.— Todas las cosas que hice hasta hoy también, pura distracción. Yo no sé justificar mi existencia.

SOFÍA.— Es por eso que me incomodás, sobrás.

OMAR.— Tu crueldad no me hace nada. No aprendiste a dolerme. Voy a ir al cajón de la cocina y agarro el tramontina, te lo juro. Necesito un exceso que se recorte de tantas mentiras. Reconozco mi limitación, busco la diferencia. Todo es tan mentira que no puedo distinguir las vetas de lo precioso, pequeño, controversial.

SOFÍA.— ¿Qué sabés de la niebla?

OMAR.— Lo mismo que vos. ¿De dónde puedo saber otra cosa?

SOFÍA.— De tus especulaciones. Tuviste un pequeño brote, Omar.

Madrugada

Irene llega con ojeras color plomo.

IRENE.— Hola Omar, qué ganas de verte tengo. Y a vos Sofía. (*Entra Lauro con máscara lacrimógena.*) No nos dejaron salir del aeropuerto sin eso puesto. ¿Pueden creer? Cientos de personas monstruosas, cosa de ciencia ficción. Primero que no se puede aterrizar por la visión, después que no se sabe si ese vapor nos mata a todos. Yo no confío. También puede ser una ola de esporas. Dicen que la niebla no se va a expandir. Todos los dichos fallan. Ya nos veo atardecido como delfines secos en la arena. Abrazame Omar, quizás voy a muerta. Omar, él es mi hijo, va a darte mi mano. Pedile lo que quieras, Lauro es un ser de otro mundo, de uno lleno de generosidad y misericordia. Nadie celebra. ¿Qué pasa? La felicidad es algo de otro planeta, no somos

ciudadanos con ráfaga de eso que nombran momento feliz. No hago nada bien. El escenario es terrorífico y nadie se vence.

LAURO.— ¿Cuál es mi cuarto?

IRENE.— Usá el que quieras, tenés para elegir hasta la matrimonial, con Omar nos acostamos donde sea. Omar es el amor de mi vida. No fui tan burra de no traer presentes. Lo que pasa es que no quiero darlos todavía, hace falta encontrarnos y charlar. Hace años que no estoy feliz. Esta casa tiene la energía que me compatibiliza. ¡Tantas cosas por contar! Una vez, Lauro se quedó haciendo lo suyo, no tuve mejor idea y visité a una bruja de las más brujitas y de lo emocionante que me dijo sólo puedo repetir una. No digo lo otro, porque ya saben, lo que se dice viene el espíritu del viento y te lo roba, o la chusma lo corta, o no sé qué es pero se detiene. No hay pausa que pueda contra mí. Recuperé años, fuerza y mi don. Todos tenemos un don. Lauro te amo a vos y a tu don. No te pongas celosías Omar, es mi hijo, no seas así de distante, vení Omar dame la mano mientras digo estas cosas con mis hijos. No imaginan a mamá con este hombre de buena pasta. Lauro va a hacer de amistades y quién sabe no aparece el Omar de Sofía. ¡Qué gracioso! no se va a llamar Omar, Omar es mí marea, mi caudal. Lauro, ¿cómo ves la casa? No quise hacerle cambios para que lo que pasó entre que te fuiste y hoy no exista. No quise que la pisemos. No quise que se ensucie con la limpieza. El jardinero tiene pedidos de alta precisión para no alejarse de la imagen de la foto. ¿Está igual que la última vez? Contestame Lauro ¿Las ves igual? Me descubrieron, soy un asesino pobre, me delato sola. Escucho mi temblor y eso me perturba. Ahora que mi crimen fue un éxito lo puedo decir. No se culpa el amor de una madre. Fui para traerte. Fui para ser una familia.

LAURO.— Tranquila, quiero firmar y formalizar la venta de la casa.

SOFÍA.— Lauro, estoy muy contenta de verte. ¿Papá cómo está?

LAURO.— Te mandó un paquete. Lo tengo en la valija, si me dicen donde me puedo echar, me desarmo y te lo doy.

OMAR.— Te ayudo con los bolsos, y con todo lo que necesites para sentirte el hombre de la casa. Tratame como un cabo, un inferior. Nada va a interrumpir la gloria que les toca.

SOFÍA.— Lo acompaño yo.

IRENE.— Sofía, dejá que mis hombres se hagan jinetes del tiempo que nos toca. Los necesito unidos. Y a vos cerquita. Vayan, nosotras tenemos que contarnos femeninas.

Los hombres salen soldados.

SOFÍA.— Tengo que hablarte un montón.

IRENE.— ¡Y yo! Soy la que vuelve, la que trae nuevas faenas.

SOFÍA.— Quiero empezar.

IRENE.— Me saco los zapatos y arrancás.

SOFÍA.— No te salgas, te extrañé.

IRENE.— Contame si arreglaste el tema del piano, no suena bien, hay que afinarlo y es muy específico. Lauro quiere tocar su piano de la infancia. Organicé en mi mente hacer recorrida por los lugares que ocuparon cuando fueron niños.

SOFÍA.— ¿Vos te separaste de papá o él de vos?

IRENE.— Hace siglos, ya. No podés depender tanto

de lo que hicimos con tu padre. Te traje un perfumito, es réplica europea de un americano. Me duelen los ojos, me voy a acostar con Omar para que estire mis pies y hable de cosas buenas. ¿Ingeriste alimento?

SOFÍA.— Tirame el cuerito.

IRENE.— Sofía, en mi cartera hay arroz del avión, servirte un puñado.

SOFÍA.— Si estás lejos te pienso pero mi cuerpo sufre erupciones.

IRENE.— ¿Qué te pasa Sofía?

SOFÍA.— Tengo la fantasía de que cuando digo lo que quiero se deshace y ya no pasa. Empezó a subirme la paranoia y siento llano lo que pienso.

IRENE.— Lauro te escucha y se va a ir. Ponete linda así reconstruye algo inolvidable de la hermana.

SOFÍA.— Lauro me quiere como soy porque no necesita fuegos artificiales.

IRENE.— A ninguno nos gusta ese tipo de estímulos.

SOFÍA.— Esa es tu mentira. Olvidás lo que alguna vez te pareció importante. Te encerrás con ese tipo.

IRENE.— Es el hombre de mi vida, no te permito.

SOFÍA.— Te estoy pidiendo perdón. No quiero ser nada suyo.

IRENE.— Sos cruel, dependiente. Lográs que lo que te amo pase a segundo plano.

SOFÍA.— Imaginé algo en tomas, como si algún día lo fuese a filmar. Era en esta casa. Nada parece poder existir

fuera de esta arquitectura que lo devora todo. Vos con ropa como la que te ponés, competís con lo más precioso. Tu pelo larguísimo (te pedí que tengas el pelo largo y lo peinemos como hicimos con las muñecas en mis primeros años). En el bosquejo de rodaje vos me decís que nos pusieron juntas en la tierra para amarnos pero no para ser madre e hija. Vos llorás porque sentís culpa, y yo te beso enamorada. Después nos metemos en la pileta. Aunque los cuerpos delatan dos mujeres, en mi cuadro la madre sabe cuidar a la hija. No lo comentes, da a pensar, no quiero que me rechacen.

IRENE.— Sofía, andá al baño, estás grande y no puedo ir tras tu higiene. Tenés el pelo reluciendo grasa, eso es feo. La gente rechaza por el mal olor, no seas sucia. Desde nena que te cuesta el agua.

SOFÍA.— Hoy no quiero, hace frío.

IRENE.— Una ducha caliente es lo que te hace falta.

SOFÍA.— ¿Distinguís la maleza de las sombras? Atrás del pino. ¿Es Vladimir o ramas en movimiento? Esta luz me enceguece. Me voy a acercar, para tocarlo y descubrir si es él.

IRENE.— Sofía no dormiste, hay amenazas climáticas. ¿A vos te parece ir ahora a despertar al trabajador?

SOFÍA.— Quiero advertirle.

IRENE.— Ya sabe todo, de hecho, de pasar es él quién nos tiene que advertir. Haceme caso, te mojás el cuerpo, usás la esponja y te dormís.

SOFÍA.— Sabe tocar el piano, igual que Lauro y papá. Igual que yo.

IRENE.— Las casualidades son receptivas pero no hay

que darles tanto lugar. No sé cómo Vladimir pretende el invierno solo.

Madrugada II

OMAR.— Tengo un montón de galletas. Lo bueno es que las comés y te tiran una pista del porvenir. En la cocina llené un tarro, uno naranja con tapa. Se nota que no hay habitantes porque la alacena, pelada. Exactamente pelada no, porque ahora tiene un tarro lleno de galletas chinas. ¿Te gustan?

LAURO.— Me dan igual.

OMAR.— No se te pegó ningún acento.

LAURO.— Se dice tonada.

OMAR.— Si no estoy mal informado se dice tonada y acento. Me quería presentar en privado. Soy un buen tipo, de buena leche. Quiero decir que tengo buena cepa, valores inquebrantables.

LAURO.— Son cosas que se descubren con el tiempo, uno se va conociendo.

OMAR.— Pero quiero ahorrarte el camino, o que tengas esa garantía del hombre que ama a tu madre.

LAURO.— El arma es para vos. La compró Irene, dice que sos como un nene, que jugás como uno.

OMAR.— No puedo tocar metales, me empiezan a salir unas rosáceas en los codos y en las yemas. Por eso no pude entrar de piloto.

LAURO.— ¿Me la puedo quedar?

OMAR.— Te pido no le comentes a Irene.

LAURO.— No quiero que tengamos secretos.

OMAR.— Es uno sencillo.

LAURO.— ¿Y a qué te dedicás?

OMAR.— Te voy a confesar lo nervioso que estoy. Es un examen de los más ásperos y lo que hago da en el borde para abajo. Meto todo hierro. ¿Viste el partido? Tres hierros, y nos encajaron dos. Dos a cero, aunque si fuese relator diría dos goles a tres hierros. Ojo, a veces uso las palabras incorrectas, pero de asno, no soy mal intencionado, te dije, si algo que soy es buena leche. Pero no tengo suerte, un buen tipo con mala suerte. Desde que me crucé con Irene eso cambiό, de la noche a la mañana soy un hombre feliz. No me lo destruyas Lauro, ni nos conocemos, pero la voy a cuidar. La estoy cuidando.

LAURO.— Vine por los papeles, recuperar alguna rutina, el contexto también.

OMAR.— No pensé que un día me tocaría ser esto que soy con vos. A mi padrastro le hice la vida de perro. Fue él quien le sostuvo la mano, no porque yo no quisiese, la ruta estaba cargada y tardé de más. Cuando llegué, mi madre ya era un descanso blanco.

LAURO.— No llores. Si Irene está feliz, hacés buen trabajo. No me importa más. ¿Puedo ver tu espalda?

OMAR.— Es algo privado, Lauro.

LAURO.— Me están saliendo unas arañitas en los tobillos, me preocupa empezar tan rápido a desear. Tenés manchas, bultos. No puedo tocarte por la impresión ¿Te duelen?

OMAR.— Es imagen degradada. De dolor, nada. Si la llaga está sucia es porque faltó Irene y Sofía no me quiso ayudar. La espalda está tan atrás que no me dan los brazos. Hay cosas que no puedo resolver solo. El tiempo te vuelve dependiente, Lauro. Pero se nota que somos tipos valientes. De angustias, nada.

LAURO.— No me interesa la valentía a priori.

OMAR.— Cuando tenía tu edad mi exigencia era ser corajudo. Lo más parecido a un halcón. El riesgo de esas aves es elegante, no pueden perder velocidad, no sé cómo hacen con el temor, cómo lo subyacen y hacen rumbo entre las montañas.

LAURO.— Simplemente las emociones fuertes me parecen tendenciosas. Puedo disfrutar de una o dos exaltaciones por día, pero no más. Me cuido, porque por herencia paterna tenemos problemas cardíacos.

OMAR.— No me comentó nada Irene.

LAURO.— Nunca se lo dijimos, es muy ansiosa como para resistirlo.

OMAR.— Vas a estar todo el tiempo con la máscara. ¿Presumís peligro?

Madrugada III

IRENE.— Este tipo es raro. ¿A vos te parece que se pase todo el tiempo tocando el piano? Me alerta que pretenda cosas con Sofía.

OMAR.— Quiere quedarse con la casa.

IRENE.— Es un insulso, no puede semejante ambición.

OMAR.— Cuando llegamos se dieron un beso en la boca. No quería contártelo, pero sabés que no puedo tener secretos con vos.

IRENE.— La conozco, es mi hija.

OMAR.— Despedilo.

IRENE.— No puedo. Algo de corazón tengo. Con esta niebla. ¿A dónde va a ir?

OMAR.— Además lo vamos a necesitar si el peligro crece.

IRENE.— En el aeropuerto dijeron que es un simple problema climático. Pero por algo nos dieron la máscara. Las víctimas siempre somos las últimas en conocer la verdad.

OMAR.— ¿Y tu máscara?

IRENE.— Alcanzó para una por familia. Los niños sí, todos con máscaras.

OMAR.— Para mí que quieren tu casa Irene, tirarla abajo y construir una ruta.

IRENE.— No todos quieren tener mi casa. Vladimir es un pobre jardinero que cree en la belleza. Me parece inofensivo.

OMAR.— Me parece que hace magia mala.

IRENE.— ¿De qué hablás?

OMAR.— Me comporté como un detective, Irene. Sofía iba todas las tardes a hacer cosas a esa cabaña fría del fondo. Allá hay más niebla, no sé si la naturaleza es sabia, o qué, ahí el peligro crece a mansalva. No hay nada, un colchón y el piano. Las paredes vetustas de madera. Hace

frío. Nadie normal puede pasar la noche sin congelarse. Vi algo que me asustó. Soy valiente como un halcón, Irenita, pero esto superó todas mis expectativas. En un rincón hay pajaritos descuartizados. Traje evidencias.

*Omar saca del bolsillo del pantalón un pequeño pichón sin cabeza.
Plumas desprolijas caen al piso.*

IRENE.— ¡Omar, qué asco! Sacá eso, desinfectate las manos. ¿Me querés maldecir?

OMAR.— No te miento. Ese tipo está engualichando a tu hija para quedarse con la casa. Tiene contacto con la naturaleza. Vi que tiene libros con plantas naturales y psicotrópicas.

IRENE.— Hay que limpiar. Que no vea Lauro, va a pensar cosas horribles de nosotros.

OMAR.— Perdoname Irene, no llores.

IRENE.— No sabés lo que es difícil, no sabés lo que es sencillo. El padre me hizo la guerra, son años de inventos y distancia, de estar lejos y cerca a la vez. Tengo poco tiempo para devolver a la madre que Lauro y yo queremos. No tenés hijos, yo sí.

OMAR.— A Lauro y a Sofía los quiero como propios.

IRENE.— Omar, sos sucio. Este pajarito muerto va a fulminarte. El desperdicio entra en la llaga abierta. Tu espalda es un bombardeo.

OMAR.— Quizás Vladimir tenga algo para mí en esos libros ocultos de medicina alternativa.

IRENE.— Sos un barrilete, Omar. Quedamos en que es uno de los otros. En que nos amenaza. Decidimos que Vladimir es hijo de la niebla.

Afuera

El reflejo pega contra la lona verde de la pileta. Lauro, sin máscara, bañado por la espesura del aire, tiene un revólver de aire comprimido, directo hacia las latas. El sonido es igual al disparo, la lata tiembla y la casa se contrae.

LAURO.— Si los cuerpos tuviesen una parte de metal, le daría con esfuerzo. Tres cuatro cinco aire comprimido en la chapa del cerebro. Tres cuatro cinco aire comprimido en la placa del sexo. Pero no, queremos tejer un futuro.

SOFÍA.— ¿Hablás solo? Es porque tenés el horario cambiado.

LAURO.— Dormí muchas horas seguidas. Necesito despertar. ¿Se puede conseguir alguna droga por acá?

SOFÍA.— Te extraño, y vos a mí.

LAURO.— Sí, de alguna forma. Pero no soy de sentir ese espíritu.

SOFÍA.— Entonces viniste más por el tema de la casa.

LAURO.— Sí. No está mal. También quería verte.

SOFÍA.— No me toca nada de esto.

LAURO.— Prefiero que se haga de la manera convencional y que los abogados aparezcan en su parte.

SOFÍA.— ¿Te quedás para el casamiento de Irene?

LAURO.— No me dijo nada.

SOFÍA.— A mí tampoco, pero el tipo está muy apegado.

LAURO.— ¿Qué hicieron estos días juntos?

SOFÍA.— Cosas para pasar el tiempo. Hablo y me sale vapor. Todo hace que la niebla crezca como la respiración de un perro vago. Hay una máscara. La traje para salvarte únicamente vos.

LAURO.— No hace falta salvarse.

SOFÍA.— En algún momento la casa y la amenaza se van a ensamblar. Ya nos veo ahí revolcados en el chiquero para respirar.

LAURO.— Es niebla nada más.

SOFÍA.— Tengo miedo. Preocupación. No podés comparar porque hace años que no sabés de mi tez. Tratá de recordar fotos, la cantidad de fotos que te envié de cumpleaños, de mis bailes. Pensá alguna.

LAURO.— Te tengo que decir.

SOFÍA.— Sí.

LAURO.— Autorretrato en el baño. El espejo empañado con unos stickers de dibujos animados en el borde. Vos con una toalla verde o fucsia en la cabeza. Me la acuerdo porque nunca me salió ese rodete que me pedías me haga con la tela como la copa de un helado.

SOFÍA.— ¿Tengo cara de preocupación y miedo?

LAURO.— No, no te pasa.

SOFÍA.— Es en un momento en el que te empieza a ocurrir.

LAURO.— A vos no.

SOFÍA.— ¿Papá me nombra?

LAURO.— A veces cuando cenamos. Por mi parte quiero

llegar a viejo rápido, no tener el cabello de los ángeles y avejentarme. Conocer las deformidades que me aventuran en el cuerpo. Sé que me esperan pelotitas en las piernas, lunares rojos en la espalda, olor rancio en las muelas, las que me queden. Ser joven es absurdo, Sofía. ¿Para qué mantener la ilusión? Nada es peor a quedar tonto, inútil, trabado por la inercia. Si me cortan la cabeza, el vacío sideral puede llevarse la casa o limpiar la niebla.

SOFÍA.— Como en El mago de Oz, un huracán remolina las cosas.

LAURO.— Mi naturaleza frágil es casi una institución. No voy a llegar a viejo. Tengo palabras femeninas, eso me dice papá cada vez que puede.

SOFÍA.— La noche antes de irte nos hicimos un tajo en el dedo. Nos manchamos de sangre. Aunque hermanos de mismos padres, renovamos el pacto. Nos hicimos hermanos por deseo. Nunca te sentí lejos. No los visité, no soy excelente para la convivencia.

LAURO.— Voy a abrazarte. Por primera vez. Sin acto. Con mi intención. Como en cartas, te abrazo.

SOFÍA.— ¿Tenés frío?

LAURO.— No siento.

SOFÍA.— ¿Te gusta tirarte bomba o de a poquito?

LAURO.— Primero de a poco y después repetimos con una bomba. Necesito conocer de a poco lo que me va a pasar, con la punta del pie vaticinar el riesgo. Dar una pelea suave, que sean los músculos que luchan con el frío y el desamparo del agua. Una vez aniquilado, correr y estallar contra la corriente. Soy un poco contradictorio. Es la primera vez que agarro un arma. El metal me pesa y el roce que hace con el anillo que tengo puesto en el dedo

me incomoda. Es un anillo de oro con piedra azul, era del abuelo. Me lo puse por eso. Tardo unos segundos en disparar. Cualquiera podría decir que soy perverso, pero yo estoy tomando valor.

*Lauro se desviste, queda en ropa interior. Sofía, igual. Los pies en la pileta.
Entra Irene.*

IRENE.— En agua estancada no se metan. Las cenizas de la niebla los va a derribar, ya conocen la espalda de Omar. Se visten, hace frío.

LAURO.— Tenés las manos sucias.

IRENE.— Es la primera vez que veo así mis manos.

IRENE.— ¿Con agua maldita me limpiás?

SOFÍA.— Estás llena de plumas.

IRENE.— Es culpa de Vladimir.

SOFÍA.— Son plumas de pájaros.

IRENE.— De pajaritos con sangre, es una plaga.

LAURO.— Dejá que te cuidemos nosotros.

IRENE.— Es agua maldita.

SOFÍA.— Tenés plumas por todo el cuerpo.

LAURO.— Entre los pelos tenés un collar de pájaros.

SOFÍA.— Ese te lo dejamos, nos gusta verte así.

IRENE.— ¿Esto quieren de mí?

LAURO.— La niebla está fundiendo los bordes.

SOFÍA.— En todas partes se respira azufre, lo anunció el monitoreo atmosférico.

LAURO.— Dispararse no es un juego.

SOFÍA.— ¿Por qué lloras, no sos feliz?

IRENE.— Hay un herido entre nosotros. No soy enfermera, ni sé curar.

Noche Profunda

OMAR.— ¿Sofía, vas a poner música? Cuando se concentra parece que no contesta. Irenita, guardás las cosas como regalos. ¿No sabés de un vestido con pimpollos? Lo está buscando desde que llegamos.

IRENE.— Desde que tengo memoria todo es en paquetes. La comida, los regalos, la ropa en bolsitas transparentes, que son paquetes. Lavanda en bolsitas dentro de las bolsas transparentes de nylon. Paquetitos porque sí, son recuerdos que atesoro.

OMAR.— No recuerdo nada, no tengo pasado.

IRENE.— Omar, Lauro es alérgico al azafrán, no vamos a poder hacer tu arroz.

SOFÍA.— Omar, te incomoda narrarlo. Nunca dirías: “en la verdulería un cliente me amenazó. Tenía las manos ensangrentadas y me apuntó con las zanahorias como si fuesen un arma. Tiemblo aunque en cierta manera sé que todo es ficción”. Nadie con miedo puede hacer algo particular. Omar, decí: “era un hombre calvo, quise ayudarlo y no supe. ¿Estoy en shock o soy así de insensible?”.

OMAR.— ¿Estoy en shock o soy así de insensible?

IRENE.— Sofía, estás poniendo palabras en boca de otro ser. No le hagas caso en todo, Omar ¿Y esa ropa?

SOFÍA.— Es el regalo de mi padre.

IRENE.— Prefiero no tener que extrañar a nadie. Lauro sigue con la máscara puesta. Que nos sea por igual la niebla. En la tribu soy la madre, no se lo tengo que decir.

OMAR.— Nos faltan números para llegar a tribu.

IRENE.— Una pequeña.

OMAR.— No tengo pasado, no puedo participar.

SOFÍA.— Nosotros sí, Omar.

IRENE.— Queres dar a entender que mi hombre es el puntapié del exterminio. Omar, defendete, no puedo hacer todo sola. Estoy agotada. Lauro, le dije a Vladimir que se lleve el piano, pensé que los celos te iban a retener, pero no te importa, ponés facción de nada.

LAURO.— Esta cara es mi forma de poner paños fríos.

OMAR.— No sé tocar el piano. Puedo con la palma entera, pero de golpe seco, no sabría tocarlo diferente. Soy rudo, eso se me nota en los dedos, de chorizo.

IRENE.— Todos tenemos un defecto. Sofía cree que infiltrarse en nuestras personalidades es una virtud, no reconoce que la invasora es ella. Omar, la autoestima me baja, como a quien le baja la presión.

OMAR.— A Irene la vi junto a las ballenas, queriendo tocarlas. La tumbé por defecto, yo me tropiezo y ella me rescata. Te amo porque nunca me dejarías morir.

IRENE.— Tener en frente un mamífero semejante te hace entender el sentido de la entrega. Siempre fui de dar y comprender, pero la ballena me supera.

OMAR.— En el medio de la nada que se deteriora existe esta casa, impensable.

IRENE.— Es cierto. ¡Logra subsistir!

LAURO.— ¿Nadie cocina en esta casa?

IRENE.— Omar se arriesgó por nosotros. Sin máscara salió y compró lo útil.

LAURO.— Nuestro padre le juega al 22 por el día en que conoció a Irene. La ama, pero es incapaz de decirlo. El 22 nunca ganó una carrera. Es caballo de los buenos, pero no de los exitosos. ¿Cuándo quieren firmar los papeles?

IRENE.— No te puedo contestar Lauro, simplemente no lo sé. Abramos los regalos, eso es felicidad. Abrir un regalo y no perder el tiempo con el martirio.

SOFÍA.— Omar brota. Cuando estamos solos se da tajo en el dedo. Piensa que podemos sellar un pacto.

IRENE.— Sofía, sos artista de cine.

SOFÍA.— Sin pulgar no podría serlo. Detesto la fama.

OMAR.— Blasfemia, odiar el éxito.

IRENE.— ¿Pulgar? No vengas con que te minimizo. Las uñas, la cutícula, orejas y nariz no cesan de crecer, ya lo sabés.

LAURO.— Cada quien odia lo que puede, no lo que quiere. El odio es un resabio de algo. Si yo odiase a Omar... Es una hipótesis, no te conozco Omar, no te abrumes por una hipótesis.

Los dos hombres chocan sus cuerpos. Un juego infantil, en esa torpeza hay fianza.

LAURO.— ¿Comemos algo? En la alacena solo encontré mezcal y galletas chinas.

Lauro y Sofía beben mezcal, se lo pasan. Omar abre sus regalos.

OMAR.— Gracias Irenita. Me encanta cocinar, estas cosas acá no se consiguen. Puro privilegio y lujo, satisfacción.

IRENE.— El arma de aire comprimido es para vos Omar, no sé por qué lo abrieron.

LAURO.— Tengo hambre.

IRENE.— En tu mundo, Lauro, todo te pertenece.

OMAR.— Irenita corazón, puedo compartir.

SOFÍA.— Este silencio me ahoga.

LAURO.— ¿Qué silencio?

SOFÍA.— No estoy acostumbrada al silencio.

IRENE.— No te angusties, Sofía. Ninguno pensó un final. Los regalos tienen significado. Si alguna visita cae puede decir: "Irene no deja de lado su obsequio, tiene una manera obsesiva de cargarlo". Es mi deseo, que las visitas me consideren obsesiva.

Lauro pone un disco. Los cuatro beben del mezcal, se lo pasan.



OMAR.— Estoy rendido.

IRENE.— Sí, te huelo en todas partes. Los entrededos, la falange. De alguna manera, haberte tocado me obliga a sentir el mundo con tu olor. Armé este lugar en las afueras para reunirnos lejos de los productos.

SOFÍA.— Me voy a lo de Vladimir.

IRENE.— Sofía, bailamos un hermoso tema musical, no exijas destrucción.

SOFÍA.— De alguna u otra manera todos estamos entrenando formas de huir. Aunque sean gestos de escapatoria. No se puede permanecer más de un par de minutos en la conciencia de lo que duele.

IRENE.— Si nos desmayamos alguien nos va a encontrar. Los rescatistas van a decir que somos como esos delfines que nadaban desorientados. En esa historia ayudaron a los delfines a volver al agua y retomar su rumbo.

LAURO.— ¿Qué historia?

IRENE.— La de los delfines secos en la arena.

LAURO.— Pero dijiste que afortunadamente tuvo un final feliz. ¿Existe la historia?

IRENE.— Todas las historias existen.

LAURO.— Pregunto si eso pasó.

IRENE.— Sí, no recuerdo en que costa, pero es verídico. Bichos del agua fuera de su hábitat. Trágico.

OMAR.— Voy a permanecer cerca para ayudarte.

IRENE.— Omar, no soy un delfín. Qué vida efímera elijo.

OMAR.— Puedo ir hasta Vladimir y advertirle para que no se olvide de advertirnos. No distingo a esta distancia cuál es su casa.

LAURO.— Existe un pianista japonés que toca mientras prende fuego su instrumento. Es a orillas del mar y él usa un traje ignífugo.

SOFÍA.— Lo efímero permanece porque no necesita demostrarle nada al ritmo. Esa abstracción produce el eco de un ritmo. Como un latido primitivo. Que avanza, una fuerza superior que se desentiende de lo que no importa. Sin decir concretamente qué es lo verdaderamente importante y qué no. El ritmo avanza con fe.

IRENE.— El año que Sofía cumplió quince vinimos para acá. Lo prefirió a la fiesta. Yo agradecí, porque todo ese evento social me exaspera. Para que sea especial al padre se le ocurrió decirles a unos mariachis. Hicimos pescado a la parrilla y los mariachis cenaron con nosotros. Bailamos rancheras en vez de vals y nos emborrachamos con mezcal. Cuando cantamos el feliz cumpleaños Sofía se escondió, la encontré con Lauro bajo la higuera. Ellos se batieron al pasto como luchadores y el padre se quedó tocando la guitarra con los mexicanotes hasta el amanecer. Yo tuve que bailar para no hacer sentir mal a los músicos. No sentí vergüenza, tenía bronca de verlos inmaduros. Fue después de esa noche que Lauro y el padre se mudaron de continente.

SOFÍA.— Lauro, no te vuelvas a ir.

OMAR.— Si es por mí, podemos ser más de un hombre en la casa.

LAURO.— Vine por los papeles.

SOFÍA.— No se puede salir.

LAURO.— Despegate, Sofía.

IRENE.— No lo sobrecargues, Sofía.

SOFÍA.— Nos ponemos como parte del paisaje, nos hundimos en la naturaleza y resistimos junto a la higuera.

OMAR.— Sofía, estás fijada con lo que termina.

SOFÍA.— Te prefiero con brotes, Omar.

OMAR.— No me broto en público. Necesito intimidad para ese tipo de manifestaciones.

SOFÍA.— Omar, lo íntimo es un gesto.

Omar tiene un ataque de asma.

IRENE.— Le pongo la máscara.

SOFÍA.— Dijiste que nadie la usa porque no alcanza.

IRENE.— Esto es un límite.

LAURO.— La máscara es mía.

IRENE.— Dame la máscara Lauro, hay un hombre que la necesita.

SOFÍA.— Lauro, no se la des.

Sofía apunta contra Omar.

Amanecer

La casa y el patio comparten el aire niebla.

SOFÍA.— Somos presa de la violencia sin palabras. Igual al corazón enfermo.

LAURO.— Callate. El aire se agota. Cada palabra resta.

SOFÍA.— No llegamos a ser ninguno de los animales que miramos con detención.

LAURO.— Alguien se acerca.

SOFÍA.— Es Vladimir.

LAURO.— ¿Qué le decimos? Me va a pedir la máscara.

SOFÍA.— No quiero que el tiempo me convierta en un ser confundido de su invento. Vladimir está encendido. El viene y la ternura ocurre.

LAURO.— Qué noche larga.

SOFÍA.— Qué más hay después de la meseta absurda y del fin, después. Preguntemos para después.

LAURO.— Quería sentirme acompañado.

SOFÍA.— A mis hijos les hablaré así, con fuerza. No por miedo a parecer débil, al contrario.

LAURO.— Te encontré en una zanja, casi muerta de frío. Tenías hambre.

SOFÍA.— Siempre tenemos hambre.

LAURO.— ¿Qué hacés, por qué das vueltas?

SOFÍA.— Igual que los caballos, que no se nombran entre ellos.

LAURO.— No quiero quedar a oscuras.

SOFÍA.— Hay cosas que me hacen llorar y no puedo dejar de mirarlas. Las manos, por ejemplo, siempre fueron la parte más significativa del cuerpo. Tus manos sobre la mía son parte de mí.



Foto: Ailin Formia

Eugenia Pérez Tomas

(Buenos Aires, 1985). Escribe y dirige teatro. Estrenó *Un futurista ciego*; *Las casas íntimas*; *Rodolfo, Beatriz y Fantasma Unicornio*; *Voy a cuidarte* y *Disparo de aire*. Sus obras participaron de los festivales: El Porvenir, Novísima Dramaturgia Argentina, Festival Escena Libre y Trasandino en Chile, Bienal de Arte joven en Buenos Aires y la plataforma “El futuro es femenino” en Bucarest, Rumania, entre otros. Publicó sus textos en revistas y en las editoriales Libros Drama, Universidad Nacional del Sur, Éditions Nuit Myrtilde y Libros del Rojas. Algunos de sus textos fueron traducidos al inglés y francés.

Índice

Personajes	8
Medianoche	9
Madrugada	13
Madrugada II	18
Madrugada III	20
Afuera	23
Noche Profunda	27
	31
Amanecer	34